

## Impresiones de autores que se fueron

Tomás Abraham

Es un hecho familiar para el lector sudamericano leer los escritos de compatriotas que viven en otras tierras. Adquiere una magia especial recibir una novela o una colección de cuentos en el propio idioma de quien nos mira de lejos. Al verse a sí mismo a la distancia por efectos del traslado, el escritor «ido» también nos sitúa a los lectores que nos «quedamos» en un país de ficción, el nuestro. *Rayuela* no sólo nos abre la ciudad de París transitada por un argentino, sino que nos devuelve un Buenos Aires embellecido por el contacto con el tabernáculo francés. Es bueno saber que no se nos ha olvidado. La fuerza del idioma, el castellano argentino, retorna vigoroso porque ha encontrado un nuevo talento que lo enriquece y una alquimia fresca que mezcla sueños y realidades.

Es extraño leer a un escritor argentino que ha renunciado al castellano. No son tantos los casos conocidos, pero la sensación de abandono y traición que se puede sentir de alguien que nos ha dejado solos en nuestra isla idiomática no se tiene con un escritor como Copi. Copi es Copi, ni siquiera es Damonte Taborda, puede escribir en francés o castellano, sus referencias argentinas son frecuentes y su desparpajo al ser criollo lo acerca más a nuestra ribera que otras literaturas fraguadas en el mismo crisol desde Jarry a Becket.

Escribir afuera, en el mentado «exterior», se convierte en una cuestión de fidelidades. Estamos atentos al tono y al modo en que nos recuerda nuestro autor, seguimos con atención sus triunfos que de alguna manera son nuestros, y soñamos con el Nóbel.

Pero la conservación del idioma no excluye una a veces profunda animosidad a la tierra que se dejó. El viaje a París de nuestros escritores de la segunda mitad del siglo XX prolonga o coincide con una rendición de cuentas respecto del lugar de origen del que se resaltan los prejuicios, la hipocresía y la inquisición moral de familias y escuelas. Pienso en *La ciudad y los perros* de Vargas Llosa y *Un mundo para*

*Julius* de Bryce Echenique. Copi cuando recuerda a nuestro país habla de militares, otros hablarán de curas, hay quienes retratan una clase media vulgar y *kitsch*. Puig se va del país en años de amenazas y persecuciones, y nos enviaba de tanto en tanto mensajes de odio, no de un odio malsano ni rencoroso, sino una admonición y una condena a todos los que han permitido que una fauna represiva haya hecho del país un lugar invivible.

Néstor Perlongher cada vez que volvía de Brasil no escatimaba la oportunidad, ni permitíamos que lo hiciera sus amigos, de volver a leer sus poemas prostibularios en los que la protagonista era Evita. Palabras tremendas en una Argentina en la que abundan los tabúes y los impronunciables de la religión de la patria.

Emilio Rodríguez que combina psicoanálisis y literatura prosigue su saga personal desde Salvador, Bahía, y hace un gran esfuerzo por no perder totalmente el idioma en la ciénaga del portuñol. Extraña epopeya de un escritor que pierde su lengua al ganar de tamaño su oreja inundada por el portugués de sus pacientes.

El historiador Tulio Halperín Donghi, otro emigrante desde la «noche de los bastones largos», crimen cultural que entierra vaya a saber uno hasta cuando, un proyecto educacional ambicioso y –lo peor para algunos– cosmopolita, dedica su obra a la historia argentina. Nuestro historiador más interesante es quien nos mira con un escepticismo terminal. Para él, a veces lo dice con elegancia, con humor, y fundamentalmente con distancia, la Argentina fracasó. Incluso le da fecha al obituario: desde 1929. En esto ha sido más preciso que aquella frase de un personaje de Vargas Llosa que decía que en algún momento Perú se jodió.

Oscar Masotta recaló en Barcelona luego de una breve estancia en Londres, y continua con un trabajo literario, una escritura clara, precisa, más bien breve, que concreta sus viejos sueños de escribir como Merleau Ponty. Esta prosa se distingue por la ausencia de arpegios tecnicismos y galicismos paleoestructuralistas que nos recuerdan que un ensayo también puede ser una lectura agradable.

Han sido numerosos los escritores que han abandonado nuestras tierras tanto en el siglo XIX como en el XX. Los primeros, como en el caso de Echeverría, Sarmiento y Alberdi, eran escritores, políticos, estadistas. Eran esos hombres completos de aquellos tiempos en los que la constitución del idioma era paralela a la conformación del Estado Nacional. En nuestros tiempos, en la segunda mitad del último

siglo, el éxodo de escritores se vincula a la destrucción del mismo Estado.

Cortázar en sus años mozos es un intelectual sumamente compuesto y formal, maestro y profesor de liceo. Sus primeros escritos de ficción son poemarios segregados por Racine y Rouget de Lisle. Su libro *Bestiario* confirma una metamorfosis animal del autor con su mundo de suspenso, de sonidos extraños, conejos que se vomitan, suicidios tácitos, rarezas cotidianas, que es el pasaporte de su viaje a París, la tierra de la libertad, de la ironía y el fin del pundonor.

Ya no había por qué ocultarse por practicar exotismos que llaman la atención. Desde allí, desde la ciudad que aprecia a los espíritus originales, un buen día diez años después nos enviará su foto, el retrato de Sara Facio, con la que provocará un delirio de amor en su tierra, junto a su novela.

Hay quienes han sostenido que *Rayuela* es una novela de consumidores. Dicen que está escrita para candidatos de agencias de turismo cultural y aspirantes a becas en París. Es el nuevo modelo del afrancesado que de haber sido el viajante en barco con vaca propia, o el bebedor de champagne en la noche de la Ciudad Luz de los tiempos de Güiraldes, se ha convertido ahora en un pasajero urbano que recorre las calles de París, alterna con artistas en ciernes, nos trae las novedades y las preocupaciones de los que están *à la page*, «en la pomada» se decía en el Buenos Aires de entonces, y así del jazz al *nouveau roman* recibíamos de nuestro ilustre embajador, la plastilina necesaria para modelar nuestro pequeño fetiche cultural.

Hay otros críticos, algo más generosos, que no ven en la novela una perfumería *free tax* de aeropuerto, sino una gran obra que al estilo de los viejos relatos del siglo de la novela, ofrece información y erudición en el transcurso de la trama. Hemos aprendido con Cortázar, afirman estos agradecidos lectores.

¿En qué momento Cortázar se convirtió en un valor nacional? No debe ser muy difícil averiguarlo, es alrededor del años setenta, tiempos en que Cortázar intensificó su apoyo a los movimientos revolucionarios del continente y en que puede haber pronunciado alguna palabra de simpatía por el movimiento para una patria socialista que inauguraba el nuevo viaje de Perón a la Argentina.

El resultado de dos amores en este caso correspondidos y hasta sumados, el Cortázar que inventó al Romeo y a la Julieta porteños llamados Oliveira y La Maga agregado al que es portavoz de la revolu-

ción latinoamericana y amigo de los escritores de la liberación, el fruto de este acopio sentimental es la plaza que está a seis cuadras de mi estudio en el barrio de Palermo Viejo, la antigua plaza Serrano rebautizada hace algunos años como Plaza Julio Cortázar, recinto circular de cemento en el que exponen artesanos sus mostacillas y velas, mientras los vehículos la contornean para dirigirse por la calle Jorge Luis Borges (ex Serrano) hacia Plaza Italia. Así que en la mítica Buenos Aires tenemos a la Plaza Julio Cortázar esquina Borges, en un punto urbano que evoca a éstas dos lápidas. Digo esto porque cuando la tinta está fresca, y por algún motivo estimo que la letra de estos dos escritores aún vibra de vida y todavía pasean sus nombres como almas en pena, no merecen el homenaje de las placas que en lugar de inmortalizarlos definitivamente los mata.

Así es que los muchachos de hoy se sientan en «la» Cortázar o se despiden en «la» Borges de estos libros hechos calle. Pero el valor nacional no es calle, asunto finalmente de intendentes y comités vecinales, sino blasón de la masonería cultural que ha hecho de Cortázar el escritor arrrrgggentino que nadie puede menospreciar. Hubo un escritor novel que volcó en un relato publicado en un periódico la escena en que arroja al piso *Rayuela* en un gesto de hartazgo hacia toda una generación. ¡Para qué! Lo acusaron de posmoderno, frívolo, payaso, dilettante, cobarde. Es un valor nacional según la medida que lo instala como tal. Hoy los clásicos se definen por el tiempo en que habitan los kioskos en ediciones baratas y no en los encuadernados de estilo la Pléiade o Aguilar. Cortázar vive en las estaciones de trenes y ómnibus, en los subtes, en la calle, se lo regala con los matutinos, y es parte ya cíclica de nuestro acerbo cultural.

La experiencia de releer a Cortázar de parte de un viejo enamorado es extraña. Puede dar la sensación de envejecimiento, una acción mortal del tiempo que da lugar a un enigma. Por un lado es posible que por la acción de la saturación semántica, por la repetición de una estética, se gaste y se deshilache la novedad de una obra. Además las audacias y las innovaciones lo son en relación a un contexto conservador, y el espíritu de vanguardia a pesar de estar animado de una misma inspiración irreverente, es histórico, quiere desprenderse de corazas y estereotipos que le corresponden por contemporaneidad y tienen fecha de vencimiento. Escupir conejitos no parece nada raro hoy en día en que las novelas se interesan por las clonaciones. Remedar la voz del Torito de Mataderos parece un ejercicio literario mediocre y aburrido. Los

cronopios y los famas, bueno, dan ganas de hacer *zapping*. Pero Cortázar es grande y ofrece rincones en lo que se pueden paladear nuevas exquisiteces.

Hay críticos que dicen que Cortázar es lectura para iniciarse en la lectura, por lo que es propia de adolescentes. En ese caso el enigma se cierra en su misterio porque no es que la obra haya envejecido sino que lo han hecho sus lectores. Si camadas de adolescentes leen a Cortázar, entonces es siempre nuevo, y tendrá siempre lectores, no los buenos lectores, aquellos que están de vuelta de las ingenuidades, porque este lector puede ser un gran patán engreído e ignorante, sino el joven lector entusiasta que lee un libro de un autor que leía su joven y entusiasta padre.

Copi, Puig y Perlongher, uno en París, otro en México, el tercero en San Pablo, tienen una característica común: son homosexuales. Copi decía marica, Perlongher puto, Puig no sé. Hoy en nuestro país se ha legalizado la unión civil entre personas del mismo sexo, los travestis en zona roja o no son parte de la escena vial, todo esto en medio de procesiones que reúnen millones de personas que adoran a la Virgen, clamores que anuncian que cuando cambie este gobierno las cosas volverán al cauce moral que le corresponde, en suma, la inestabilidad del contexto moral no nos permite hablar de nuevas tradiciones en las que el librepensamiento al estilo de los países protestantes o laicos cierran la etapa de la censura.

Copi habla del vivir con miedo en la Argentina. Caminar a la noche por una calle parisina y escuchar el golpe de una puerta de un coche que se cierra es parte de los sonidos adyacentes, en Buenos Aires exige una mirada atrás para ver quién es, quién viene, o qué pasa. Así es el miedo. Nosotros luego de largo tiempo de resistencia hemos cedido a este miedo y ya no caminamos de noche por los barrios de la ciudad.

Imagino que Perlongher también estaba harto del machismo porteño y de la falta de gracia de los militantes de la liberación. Poeta excelente, barroco, juguetón, musical, fascinante recitador de sus propios poemas, se recibió de antropólogo en la universidad de Campinas y escribió ensayos sobre las sexualidades marginales en San Pablo. Murió de sida.

Puig hoy es leído por la gente culta. Profesores de la facultad de letras le dedican ensayos con condimentos semiológicos. Ha entrado en la alta cultura. En los tiempos en que escribía no era tomado en serio. La palabra folletín hoy tan auspiciosa remitía en la década del